

Estanislao Zeballos, viajero y ensayista.

por

Isabel Clucellas*

Hombre de la generación del 80, Estanislao Severo Zeballos, estadista, legislador, diplomático, juriconsulto, docente, periodista y escritor, nació en Rosario de Santa Fe a mediados de 1854, un 22 de julio, hace ciento sesenta años.

El ambiente en el que pasó su infancia, como ocurre en general, había sin duda de marcarlo.

Punto central de incipiente comercio, desde Rosario partían las arreas de veinte, treinta y más mulas cargueras que salían al trote levantando nubes de polvo para transportar a regiones más lejanas,

* Escritora y periodista cultural. Obras: «Cuentos de monte y machete», 1982, Faja de Honor de la SADE y Segundo Premio Especial Ricardo Rojas de la Municipalidad de Buenos Aires, bienio 1981-82; «La última brasa», 1984; «De céntricos y excéntricos», 1987, Premio Regional Zona I, Producción 1985-1988, Secretaría de Cultura de la Nación; «Tiempos fuertes», 1991, Faja de Honor de la SADE 1992; «Los que esperan», 1994, Faja de Honor de la SADE 1995; «Tide rips en el fin del mundo», 1996; «Leandro N. Alem. Un caudillo en el Parlamento», 1998; «El juriconsulto», 2002, Premio ASESCA 2003; «Traiciones», novela, Buenos Aires, 2005; «Andanzas de caminante, notas de viaje», Buenos Aires, 2007; «Memorias de una infanta porteña », 2008. Antologías: «Nuestros cuentos», seleccionado por la SADE, 1975; «Cuentario», 1982; «Cuentos de nuestra tierra», 1985, Premio C.F.I. Letras 1983; «Doce escritoras argentinas», selección de Nélide B. de la Red, 1991; «Viajes en la palabra y en la imagen», 1996; «Los Días de Mayo», Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro, San Isidro, Bs. As., 1998, Mención en el concurso de la Fundación El Libro-1999; «Los Días del Centenario de Mayo, Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro, San Isidro, Bs. As., 2000; «English translations of short stories by contemporary argentine women writers», selección de Eliana Cazaubon Hermann, traducción de Sally Webb Thornton, 2003; «Poetas, narradores y ensayistas. Veinticinco años de Gente de Letras», Buenos Aires, 2004; «Los Días de Marcelo T. de Alvear», Academia Provincial de Ciencias y Artes de San Isidro, San Isidro, Bs. As., 2006; «Antología narrativa argentina», 2010; «Mujeres con pelotas», 2010.

Córdoba, San Luis, Mendoza, mercaderías de provisión despachadas o en tránsito. Con el tiempo tales arrees serían reemplazados por el ferrocarril Central Argentino, inaugurado en 1863, a quien la República debe gran parte de su desenvolvimiento, y que tuvo foco de irradiación en aquella ciudad.

El criollo campesino inmediato a la villa no había abandonado aún la tradición colonial y poscolonial ni su traje, ni sus costumbres, ni sus cantos, ni su música, ni sus bailes. En ese entonces existían de verdad los gauchos, recordó el doctor Rodolfo Rivarola en el homenaje que tributara a Zeballos en Instituto Popular de Conferencias con motivo del fallecimiento de su dilecto amigo. En la ranchería de la vecindad, en las tardes domingueras, gauchos y chinas zapateaban un gato mientras el inmigrante se acriollaba amoldándose a la tierra que había elegido.

Por su parte, los indios se mantenían distantes. A veces en malón asaltaban las tropas de las carretas, robaban y huían y, si podían, robaban cristianas y mataban cristianos.

Muchas veces se evocaba en la familia Zeballos un episodio del que habían sido protagonistas: Estanislao, niño de corta edad, acompañaba a su padre en un viaje al interior de la provincia cuando se vieron perseguidos por un grupo de indios; pudieron escapar huyendo a la carrera, el padre en su caballo y el chico en el petiso que montaba.

En otro orden, la historia de los tratados firmados en Santa Fe como el del Cuadrilátero de 1831 y la Convención Constituyente reunida en la capital santafesina para sancionar la Constitución Nacional, creaban en la provincia un espacio propicio a los sentimientos patrióticos.

Tampoco fue ajeno el hecho de que su padre, ayudante del general Juan Pablo López, herido en 1838 en el gran combate y victoria de Loreto contra una fuerte indiada y luego capitán del puerto de Rosario, se hubiese incorporado en 1851 al pronunciamiento de Urquiza contra Rosas; en 1853 dio la primera nomenclatura a las calles de la ciudad. Su madre, Felisa Juárez de Zeballos, gran memorialista, debió también aportar lo suyo.

Pero no vamos hoy a referirnos a Zeballos periodista, abogado, estudiante de ingeniería, diputado en tres períodos, ministro, profesor de enseñanza secundaria, decano en enseñanza universitaria, académico, diplomático presidente y fundador de la Sociedad Científica y de la Sociedad Rural, del Club del Progreso, del Círculo de Periodistas, miembro de numerosas asociaciones extranjeras, sino al Zeballos viajero y escritor aunque en muchos momentos estas facetas de su quehacer se entretrejan con alguna –o varias- de las antes nombradas y continuamente se enlacen entre sí.

En efecto, como él mismo lo expresa en el prólogo de uno de sus libros, “varios viajes a través de regiones interesantísimas de la República Argentina” lo llevan a comunicar a sus compatriotas y al extranjero las impresiones y estudios que ha realizado durante su transcurso haciéndonos participar a la manera empleada por Humboldt en sus escritos de viaje, de “todos sus momentos, plácidos unos, de agonía otros, como si el lector mismo hubiese formado parte de mi valiente caravana”.

Así, a los veintitrés años, habiendo recorrido el terreno con minucia científica, publica su *Estudio geológico de la provincia de Buenos Aires*, aún hoy en vigencia particularmente en lo que hace al tema de las inundaciones en la cuenca del Salado.

Sus excursiones a las colonias de las provincias de Santa Fe y Buenos Aires, realizadas entre 1874 y 1878, también darían en su momento interesante fruto.

En aquel año de 1878 otros desvelos ocupaban en igual medida la pluma de Zeballos. Redactor del diario La Prensa que luego llegaría a dirigir y en el que cumpliría sus bodas de oro como periodista, sus campañas destinadas a apoyar una expedición militar al valle del río Negro, en coincidencia con la posición del general Roca, se concretaron asimismo con la publicación del volumen *La conquista de quince mil leguas*, trabajo referido a la traslación de la frontera interior sur de la República hasta los márgenes de dicho río. Se trata de un estudio exhaustivo de antecedentes históricos en defensa de nuestra soberanía territorial, de exploraciones llevadas a cabo en ese ámbito por los jesuitas, Villarino, Crámer y otros, y de la entonces recientemente realizada

por el perito Moreno a quien la Sociedad Científica concedió, por intervención directa de Zeballos su socio fundador, un subsidio de financiación. Además del correspondiente análisis del terreno propiamente dicho y de la población aborigen asentada en la zona, el libro incluye una interesante cartografía, propia y ajena. La edición de este ensayo trascendente, decisivo en la concreción de la Campaña del Desierto, data, como hemos dicho, de 1878.

Como demostrara en anteriores oportunidades, la inquietud de Zeballos no apunta exclusivamente a la labor de gabinete.

Así, el 17 de noviembre de 1879, Zeballos emprende su célebre *Viaje al país de los araucanos* cuyo texto, publicado en 1881, constituye el primer tomo de la *Geografía de la República Argentina*.

Resulta imprescindible detenernos brevemente en esta obra, una de las más difundidas de Zeballos, comparable a *Una excursión a los indios ranqueles* de Mansilla. Como en ninguna otra la idea de hacer viajar con él al lector se hace aquí más evidente. El autor divide su trabajo en dos partes. En la primera, “Contemplación”, narra con minucia desde la despedida familiar en el momento de abordar el tren que lo conducirá a Azul, hasta la descripción menuda del subsiguiente panorama, el “teatro” de la Conquista del Desierto, recorrido a lomo de mula con su hermano Federico, teniente de infantería que le oficia de secretario, y un joven fotógrafo. En la segunda parte, “Causas y teorías”, en cambio, trasfiere, comunica, los puntuales detalles geológicos y antropológicos relevados durante el mentado periplo.

Pero no dejemos a la *Geografía amena de la República Argentina* detenida en éste, su primer tomo. El segundo lo constituye La región del trigo, fruto de aquellos viajes a las colonias de Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires, antes mencionados. Los dos tomos fueron editados en 1883.

De un modo u otro, el material recogido por Zeballos en su viaje de 1878 al sur del país no se agota en la redacción de *Viaje al país de los araucanos*. Una crónica histórica, *Callvucurá y la dinastía de los piedra*, publicada en 1884, y dos crónicas noveladas, *Painé y la dinastía de los zorros*, de 1886, y su continuación *Relmú y la*

reina de los pinares, de 1888, recogen otros aspectos de aquel importante bagaje de experiencias y conocimientos que nuestro escritor viajero quiso “envolver en el colorido de las formas agradables de la descripción pintoresca y de la historia” para dedicarlo a su patria en la esperanza de serle útil.

A través de esas fingidas memorias, Zeballos narra la historia de los indios y describe sus costumbres. El elemento novelesco lo constituyen los amores de un paisano cautivo que ha participado en la malograda Revolución de los Libres del Sur contra Rosas, con una hermosa cristiana, favorita del cacique Painé. A la muerte de éste, los jóvenes huyen juntos y su penosa travesía del desierto y su salvación entre los indios pehuenches enlazan el relato de Painé con el de Relmú.

Otro viaje de Zeballos realizado en 1893, esta vez por dos años, a los Estados Unidos de América donde actuó como representante argentino ante el arbitraje del presidente Cleveland en el conflicto con Brasil por el territorio de Misiones, muestra nuevamente al diplomático como defensor de nuestra soberanía territorial. La revista “Derecho público hispanoamericano” publica ese año su exposición sobre el tema bajo el título *Misiones y su Alegato de la República Argentina sobre la cuestión de límites con Brasil en el territorio de Misiones* por él presentado, se edita en Washington en 1894 durante su estadía en ese país. Dos años más tarde, de regreso a Buenos Aires, concluida aquella gestión y como resultado de ese mismo viaje, publica también un ensayo *La concurrencia universal y la agricultura en ambas Américas*.

La “Revista de derecho, historia y letras” fundada por Zeballos en ese entonces, incluye, entre múltiples trabajos de su autoría, un interesante estudio sobre símbolos nacionales como así también otros muchos referidos al *Cancionero popular* que en 1905 recoge en un volumen.

Integrante en 1910 de la delegación argentina para la IV Conferencia Panamericana y desde 1912 miembro permanente del Tribunal Internacional de La Haya, Zeballos funda en 1914 el Instituto Popular de Conferencias con sede en los salones del diario La Prensa. Continúa, sin embargo, publicando libros y tratados de

diverso tipo que con el tiempo llegarían al número de cuatrocientos.

Poco antes de morir, convertido en un verdadero bibliófilo, Zeballos escribe a un amigo: “He dado por concluida mi vida pública. Solamente intervengo en la acción del Instituto Popular de Conferencias porque es un compromiso ineludible. Mi aspiración es el silencio entre mis libros...”. Fallece en Liverpool el 4 de octubre de 1923.

Así se apagó la vida de este incansable batallador dispuesto siempre a toda acción del progreso, cuyo acendrado amor por la tierra y su intenso sentimiento de patria puede fácilmente ser rastreado a lo largo de su abundantísima producción escrita, en sus discursos, en sus artículos de prensa, en su oratoria vibrante, descriptiva, razonada y fogosa a la vez.

En su homenaje, un cerro situado al norte de la provincia de Chubut, una laguna y un río de esa misma provincia, un monte en la de Santa Cruz y una pequeña isla del archipiélago de Año Nuevo, al norte de la Isla de los Estados, llevan su nombre. Personalmente, al evocar a Zeballos bajo la faceta de viajero escritor ensayista, considero que el mejor homenaje que podemos tributarle es releer sus libros. Algo de eso hemos estado haciendo para escribir estas líneas. Muchas gracias.

María Isabel Clucellas,
Buenos Aires, 30 de junio de 2014.